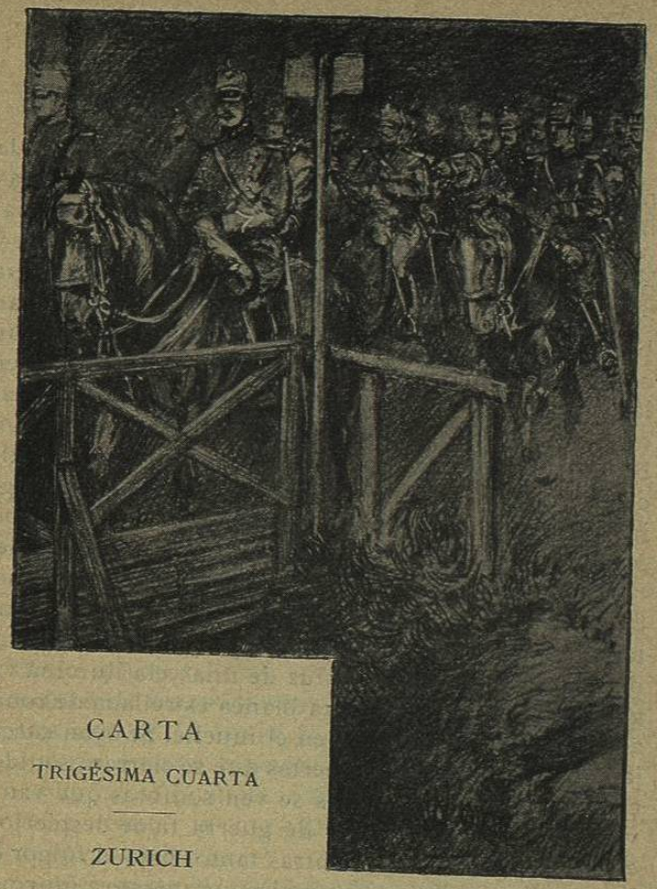


CARTA

TRIGÉSIMA CUARTA

ZURICH

El autor oye un alboroto nocturno, se asoma y reconoce que es una revolución.—Serenidad de la noche.—Venus.—Cosas violentas mezcladas con cosas pequeñas.—Recinto mural de Basilea.—Qué éxito obtienen los basilenses en el tremendo foso de su ciudad.—Atrevidas familiaridades del autor con una gárgola.—Las puertas de Basilea —El ejército de Basilea.—Una fuente en mal lugar.—Carretera de Basilea á Zurich.—Creuznach.—Augst.—El Ergolz.—Warmbach.—Rhinfelden.—Una fuente en buen lugar.—El autor toma asiento entre los químicos.

9 de septiembre.

Estoy en Zurich. Acaban de dar las cuatro de la madrugada en la atalaya de la ciudad, con acompañamiento de trompetas. Me ha parecido oir la diana, y he abierto la ventana. La obscuridad es completa y nadie duerme. La ciudad de Zurich zumba como una colmena irritada. Los puentes de madera tiemblan bajo los pasos mesurados de los batallones que pasan confusamente en la obscuridad. Se oye el tambor en las colinas. Frente á las tabernas, alumbradas en las esquinas, se cantan *Marsellesas* alpestres. Algunos bisoños zuriqueses hacen el ejercicio en una plazuela cercana al hotel de la Espada, en donde vivo, y oigo las voces de mando en francés: *¡Porteź arme! ¡Arme bras!* Del cuarto inmediato al mío, una muchacha les responde con un canto tierno, heroico y monótono, cuya melodía me explica las palabras. Hay una ventana alumbrada en la torre atalaya y otra en las altas flechas de la catedral. La luz de una vela ilumina vagamente una gran bandera blanca estrellada de zonas azules, que está plantada en el muelle. Se oyen carcajadas, gritos, ruidos de puertas que se cierran, sonidos extraños. Por todas partes se ven sombras que van y vienen. Un alegre rumor de guerra tiene despierto á ese pequeño pueblo. Mientras tanto, bajo el fulgor de las estrellas, el lago viene majestuosamente á murmurar hasta el pie de mi ventana todas esas palabras de tranquilidad, de indulgencia y de paz que la naturaleza dice al hombre. Y contemplo como se componen y descomponen en las ondas los obscuros cendales de la noche. Un gallo canta, y allá arriba, en lo alto, á mi izquierda, por encima de la catedral, entre los dos negros campanarios, Venus brilla como la punta de una lanza entre dos almenas.

Es que en Zurich ocurre una revolución. Las ciudades pequeñas quieren hacer como las grandes. Todo marqués quiere tener un paje. Zurich acaba de matar á su burgomaestre y de cambiar su gobierno.

Yo, puesto que me han despertado, me aprovecho de ello para escribiros, amigo mío. Esto es lo que ganaréis con esta revolución.

Amanecía ayer cuando salí de Basilea. La carretera que conduce á Zurich costea durante medio cuarto de legua las viejas torres de la ciudad. Aun no os he hablado de las torres de Basilea; no obstante, son muy notables, todas de forma y alturas diferentes, separadas las unas de las otras por un recinto almenado que se apoya en un formidable foso, donde la ciudad de Basilea cultiva con éxito patatas. En tiempo de los arcos y las flechas, ese recinto era una formidable fortaleza; ahora no es más que una camisa.

Las entradas de la ciudad están adornadas todavía con esas hermosas rejas del siglo XIV, cuyos dientes en forma de gancho guarnecen lo alto de las puertas, de suerte que al salir de una torre parece que se sale de la boca de un monstruo. A propósito, anteayer, en lo más alto de la aguja de Basilea, había una gárgola que me miraba fijamente; me asomé, y le puse resueltamente la mano en la boca, y no pasó de aquí. Podéis contar la cosa á las personas que se maravillan de Van Amburgo.

Casi todas las entradas de la ciudad de Basilea son puertas fortificadas de hermoso carácter, sobre todo la que conduce al polígono, altivo torreón de agudo techo, flanqueado por dos torrecillas, adornado de estatuas como la puerta de Vincennes y la antigua puerta del viejo Louvre. No hay que decir que lo han raspado, alisado, embutido y revocado (en almazarrón). Son curiosos dos arqueros esculpidos en las almenas. Apoyan contra el muro sus puntiagudos zapatos y

parece que sostienen con enorme esfuerzo las armas de la ciudad, tan grande es su peso. En aquel momento pasaba por debajo la puerta un pelotón de unos doscientos hombres que regresaban del polígono con un cañón. Me parece que debe ser el ejército de Basilea.

Cerca de esa puerta hay una deliciosa fuente del renacimiento cubierta de cañones, de morteros y de pilas de balas esculpidas al rededor del pilón, y que lanza el surtidor con el gorjeo de un pájaro. Esa pobre fuente está vergonzosamente mutilada y degradada; la columna central está sobrecargada de exquisitas figuras, de las que no queda más que los torsos, y aquí y allá un brazo ó una pierna. ¡Pobre obra maestra violada por todos los soldados del arsenal! Mas volvamos á la carretera de Basilea á Zurich.

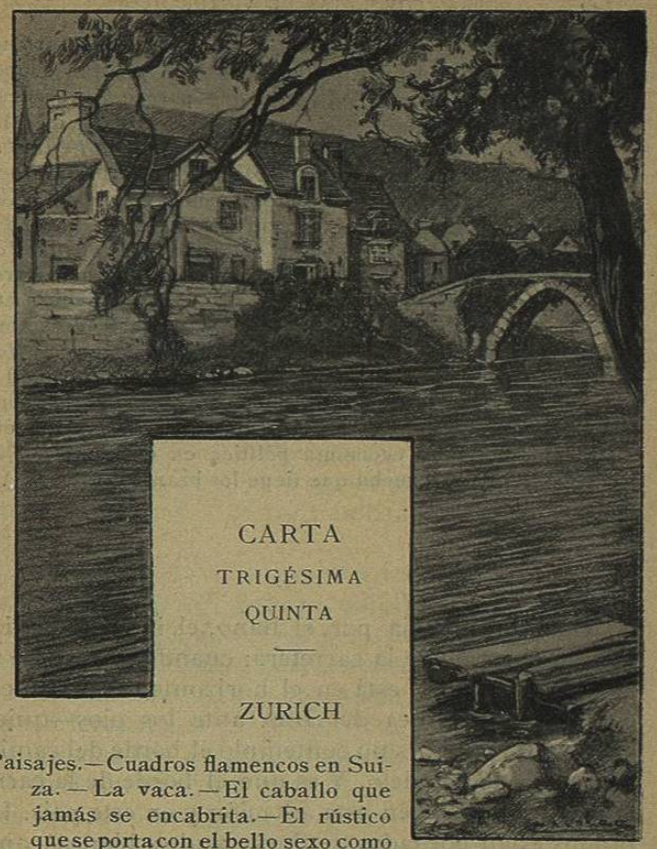
Durante cuatro horas, hasta Rhinfelden, va costeando el Rhin en un delicioso valle, en donde llovían, desde las nubes, todos los húmedos fulgores de la mañana. Se deja á la izquierda Creuznach, cuya alta torre, manchada por un cuadrante blanco, se divisa desde los campanarios de Basilea; luego se atraviesa Augst. ¡Augst, vaya un nombre bárbaro! Pues bien, ese nombre es Augusta. Augst es una ciudad romana, la capital de los rauracos, la antigua Raurica, la antigua Augusta rauracorum, fundada por el cónsul Munacio Planco, á quien los basilenses han erigido una estatua en su palacio comunal, con epitafio redactado por un insigne pedante que se llamaba Beatus Rhenanus. ¡Vaya una grandiosa gloria, me dije, y una pequeñísima ciudad! En efecto, la Augusta rauracorum actualmente no pasa de una bonita decoración para un *vaudeville* suizo. Un grupo de pintorescas cabañas, situado sobre un peñasco, unido por dos viejas puertas fortificadas; dos musgosos puentes, bajo los cuales galopa un lindo torrente, el Ergolz, que

baja de la montaña separando las ramas de los árboles; un ruido de ruedas de molinos, balcones de madera exornados de parras, un viejo cementerio, donde he observado de paso una tumba extraña del siglo XIV y que parece va á despeñarse en el Rhin, al que se halla adosada, tal es Augst, tal es Raurica, tal es Augusta. El suelo está revuelto por las excavaciones, en las que se descubren un montón de estatuítas de bronce, de las que la biblioteca de Basilea se ha formado un pequeño dunkerque.

Cosa de media hora más lejos, en la orilla opuesta del Rhin, ese bonito lazo de viejas casas de madera, cortado por una cascada, es Warmbach. Y luego, después de una media legua de árboles, de barrancos y de praderas, el Rhin se abre; en medio del agua se acurruca un enorme peñasco cubierto de ruinas y unido á ambas orillas por un puente cubierto, de madera, de aspecto singular. Una pequeña ciudad gótica, erizada de torres, de almenas y campanarios, baja en desorden hacia aquel puente; es Rhinfelden, una ciudad militar y religiosa, una de las cuatro ciudades forestales, un lugar célebre y delicioso. Aquella ruina en medio del Rhin, es el castillo antiguo, que llaman la Piedra de Rhinfelden. Bajo aquel puente de madera que sólo tiene un arco, más allá del peñasco, al lado opuesto de la ciudad, el Rhin no es ya un río, sino un abismo. Todos los días se pierden allí muchos barcos. Me detuve un cuarto de hora en Rhinfelden. Las muestras de las posadas cuelgan de enormes ramas de hierro llenas de hojarasca, lo más bonito del mundo. La calle mayor es alegrada por una bella fuente, cuya columna sostiene á un hombre de armas que á su vez sostiene las armas de la ciudad con el brazo levantado orgullosamente por encima de la cabeza.

Desde Rhinfelden hasta Bruck, el paisaje es delicioso; pero el anticuario nada tiene que mirar, á me-

nos que sea, como yo, más curioso que arqueólogo, más vagabundo de carreteras que viajero. Soy un grande observador de todo y nada más, pero creo tener razón; toda cosa contiene un pensamiento; y procuro extraer el pensamiento de la cosa. Es una química como otra cualquiera.



CARTA TRIGÉSIMA QUINTA

ZURICH

Paisajes.—Cuadros flamencos en Suiza.—La vaca.—El caballo que jamás se encabrita.—El rústico que se porta con el bello sexo como si fuese discípulo de Buckingham.—La colmena y la cabaña.—Microcosmos.—Lo grande en lo pequeño.—Sekingen.—El valle del Aar.—Qué ruina famosa lo domina.—Brugg.—El autor, después de largo y paciente estudio, da una multitud de detalles científicos é importantes respecto á la *cabeza de huno* esculpida en la muralla de Brugg.—Trajes y costumbres.—Las mujeres y los hombres en Brugg.—Cosa que se comprende en todas partes, menos en Brugg.—El autor describe, en interés del arte, un sombrero, que es, respecto de todos los sombreros conocidos, lo que el orden compuesto es á los